

América contra Europa: un tema de la Independencia

Por *Hernán G.H. TABOADA**

Es evidente que las repúblicas del Nuevo Mundo llevan la vanguardia de la libertad del mundo entero.

Bernardo O'Higgins

HAN EXISTIDO variadas imágenes europeas de América, cada una con su peso específico, que han suscitado tradicional atención de los historiadores. No son sin embargo comparables en cantidad y trascendencia con las imágenes americanas que se han conformado acerca de esa entidad nebulosa, metafórica, hiperreal, como se ha dicho, que es Europa.¹ Desde el inicio mismo del “Descubrimiento” o el “Encuentro” ha estado necesariamente presente en toda reflexión nacida en América (y en el resto del mundo, hay que agregar) y desde hace por lo menos dos siglos ha sido central la pregunta sobre la relación con ella y la pregunta complementaria si pertenecen juntos a ese cuerpo mayor que se asigna el nombre de Occidente o civilización occidental.

Aporta a la cuestión una historia de las variadas respuestas que se fueron dando a ambos lados del Atlántico, y de un primer

* Investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México; e-mail: <haroldo@unam.mx>.

Este trabajo fue realizado en el marco del Seminario “América Latina y el enfoque civilizacional”, proyecto de investigación PAPIIT IN403820.

¹ “América conoce a Europa, la estudia, en cambio Europa la desdén”, José Victorino Lastarria, *La América*, Buenos Aires, Imprenta del Siglo, 1865, p. 4; “En tanto que el europeo no ha necesidad de asomarse a América para construir su sistema del mundo, el americano estudia, conoce y practica a Europa desde la escuela primaria”, Alfonso Reyes, en el volumen colectivo *Europa-América Latina*, Buenos Aires, Comisión Argentina de Cooperación Intelectual, 1937, p. 11; a Europa la calificó como “metáfora” de la civilización germano-románica Nikolai Danilevski, *Rossia i Evropa* (1865), San Petersburgo, Panteleevich, 1895, p. 59; también como metáfora la denominó Aníbal Quijano, “Colonialidad del poder y clasificación social” (2000), en *Cuestiones y horizontes: antología esencial*, selección y prólogo de Danilo Assis Clímaco, Buenos Aires, Clacso, 2014, pp. 285-327, n. 5; en cambio la llamó “hiperreal” Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe: postcolonial thought and historical difference*, Princeton/Oxford, Princeton University Press, 2000, p. 27; la metáfora o hiperrealidad que aquí considero se refiere a las regiones de la Europa atlántica septentrional que protagonizaron la gran expansión del siglo XIX.

episodio desde este lado se tratará aquí, episodio gestado en torno a las luchas de Independencia, cuando mucha mención hubo de América y de Europa. La primera ha suscitado alguna investigación, de la que aquí me sirvo, pero poco se ha dicho sobre la segunda, sobre la idea que de Europa se tuvo en América en esos años. Quizás la ausencia se debe a que, para la mayoría de los ensayistas o académicos que se han puesto a la obra, Europa no es una idea que muta, sino que es el centro desde el cual emana su identidad. Al proyectar esta percepción sobre los protagonistas de la Independencia, no pueden darse cuenta que para éstos, por el contrario, era una entidad de la cual América se creía destinada a apartarse cada vez más.

1. La identidad americana

VARIOS títulos se han acumulado en torno a la idea de Europa.² Coinciden en que ganó curso desde el siglo XVIII en francés e inglés y en otras lenguas, incluyendo el castellano, así como el gentilicio de *europeos*. Empezó a ocupar su lugar en la reflexión española misma, donde suscitó sentimientos mezclados pero todos ellos permeados, como sucede hasta ahora, por el afán de mirar continuamente al espejo de Europa, buscar en ella aprobación y seguir su ejemplo, o por el contrario apartarse con desconfianza como de un modelo opuesto al de España.³

² Heinz Gollwitzer, “Zur Wortgeschichte und Sinndeutung von ‘Europa’”, *Saeculum* (Múnich), vol. 2 (1951), pp. 161-172; Denys Hay, *Europe: the emergence of an idea* (1955), Nueva York, Harper & Row, 1967; Bernard Voyenne, *Historia de la idea de Europa*, Barcelona, Labor, 1966; Federico Chabod, *Historia de la idea de Europa*, Madrid, Universidad Complutense, 1992; Pim den Boer, Peter Bugge y Ole Waever, *The history of the idea of Europe*, Londres/Nueva York, Routledge/The Open University, 1993; Anthony Pagden, “Europe: conceptualizing a continent”, en *id.*, ed., *The idea of Europe: from Antiquity to the European Union*, Cambridge etc., Cambridge University Press/Woodrow Wilson Center, 2002, pp. 33-54. Estos escritos me han suministrado las referencias y reflexiones de partida; más centrado en el significado para América Latina, escribí hace años el artículo “Europa y Occidente: disfraces del poder” (2003), después incluido en Carlos Tur Donatti y Hernán G.H. Taboada, *Eurocriollismo, historiografía y globalización*, México, CIALC-UNAM, 2008, pp. 115-128.

³ Luis Sánchez Agesta, *España y Europa en el pensamiento español del siglo XVIII*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1955 (*Cuadernos de la Cátedra Feijoo*, núm. 2), 27 págs.; Alejandro Diz, “La visión de Europa y de América en la España ilustrada”, en Antonio Feros Carrasco y Roger Chartier, eds., *Europa, América y el mundo: tiempos históricos*, Madrid/Barcelona, Marcial Pons etc., 2006, pp. 171-190.

El uso tuvo su correspondencia, si bien peculiar, allende el Atlántico. En las colonias americanas los españoles empezaron a identificarse con Europa por un afán de distinción: en Puerto Rico se veían hombres zafios que hasta desconocían el lugar de nacimiento de sus antepasados “contentándose con la voz general de Europa para remunerarse entre los distinguidos y para tener empleos en la república”.⁴ De ahí que el habla popular decimonónica de Colombia, Chile o el Río de la Plata conozca una reveladora forma plural y bastardeada (“las Uropas”, “Uropa”) y aparezca ya regularmente en documentos destinados a propaganda política: mientras la rebelión andina de Juan Santos Atahualpa iba dirigida contra “los españoles”, la posterior del más leído José Gabriel Condorcanqui, Túpac Amaru (1780), hablaba con frecuencia del “riguroso trato europeo”, “los malévolos europeos”, los “corregidores europeos”. Los años en torno a la Independencia están dominados por la oposición entre españoles (y portugueses) americanos y europeos.

Semejante ampliación en el uso es paralela, en muchos casos correlato, de la difusión de los nombres de *América* y de *americanos* en las colonias ibéricas.⁵ De origen y circulación más bien transpirenaico, habían sido raros en España, particularmente el gentilicio, y en cambio adquirieron popularidad en América, sobre todo a fines de la Colonia. Alguna relación debe guardar el fenómeno con una difusión del imaginario en torno a los continentes como divisiones principales de la tierra: mientras se divulgaban los nombres de Europa y de América —este último tanto en la colonia española como en la portuguesa e inglesa— se fue definiendo en castellano el nombre de *África* (tradicionalmente reservado a su

⁴ Ángel López Cantos, *Los puertorriqueños: mentalidad y actitudes (siglo XVIII)*, San Juan, Universidad de Puerto Rico/Ediciones Puerto, 2000, p. 151.

⁵ Existe mucha bibliografía, pero se enfocan cómodamente en este periodo: Pedro Álvarez de Miranda, “Para la historia de ‘americano’”, en Carmen Saralegui Platero y Manuel Casado Velarde, eds., *Pulchre, bene, recte: estudios en homenaje al prof. Fernando González Ollé*, Pamplona, EUNSA, 2002, pp. 73-87; y los artículos “América/americano” en los varios países (Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Perú, Venezuela), en Javier Fernández Sebastián, dir., *Diccionario político y social del mundo iberoamericano: la era de las revoluciones, 1750-1850 [Iberconceptos-I]*, Madrid, Fundación Carolina/Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales/Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2009, tomo 1, pp. 51-176. Resume útilmente la problemática el artículo introductorio de João Feres Júnior, “El concepto de *América* en el mundo atlántico (1750-1850): perspectivas teóricas y reflexiones sustantivas a partir de una comparación de múltiples casos”, pp. 51-67.

parte septentrional, el Magreb, y que entonces empezaba a tener el uso actual) y el de *africanos* (que muchos empezaron a emplear como sinónimo/eufemismo de *negros*).

Es tradicional relacionar dicho cambio semántico con la aparición de una conciencia criolla, las clases dominantes locales, en su conflicto con los peninsulares y en su brega por conformar una identidad propia, dieron en construirse a sí mismas sobre la base de una identidad americana, que artificialmente las relacionaba con la naturaleza local y las civilizaciones indígenas: “empezaba a ser una generación más hermanada con los indios que con los europeos, y cuya madre no era la tierra de Europa, que los miraba como degenerados, sino la de América en donde nacían, que los abrigaba en su seno, y de donde recibían el carácter de la degradación que los hacía inferiores a los europeos”. Así interpretaba muy tempranamente el periódico neogranadino *La Bagatela*, a cargo de Antonio Nariño.⁶

Este énfasis sobre lo criollo ha empezado a ser hoy matizado, y sin considerarlo del todo equivocado, me parece que proyecta de lleno al pasado colonial lo que más propiamente pertenece a los siglos XIX y XX, cuando el liberalismo rechazó la herencia amerindia, el hispanismo reivindicó la española, el indigenismo contó una historia de opresión uniforme y por doquier cobró relevancia en los análisis la idea de raza, en la cual se confundían elementos genéticos, fenotípicos y culturales. Ello fue posible porque migraciones y transculturaciones habían cambiado el panorama humano que regía en la Colonia y sobre todo había cambiado la visión del mundo en ella imperante.⁷

Antes de tal mutación, veo un modelo social estamentario donde la preeminencia resultaba de negociaciones constantes entre las familias poderosas de españoles y criollos pero también de mestizos y amerindios (no siempre locales, todos ellos se movían dentro del imperio). Ciertas familias amerindias habían asumido elementos de la cultura invasora para apropiarse del prestigio de la misma y diferenciarse del resto de la población: el cristianismo, títulos de nobleza y escudos de armas, vestimenta, caballos, ar-

⁶ Núm. 10 (15-IX-1811), en Antonio Nariño, *La Bagatela*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1947, p. 82.

⁷ Hernán G.H. Taboada, “La europeización de América”, *Dimensões. Revista de História da UFES* (Vitória, Brasil), núm. 35 (julio-diciembre de 2015), pp. 128-146.

mas de fuego; junto a la incorporación de estos elementos habían aprendido a manejar símbolos y discursos con ellos relacionados, habían elaborado obras historiográficas y tejido alianzas familiares y políticas con el poder colonial.⁸

No se trata por supuesto de ver en la Colonia un paraíso de convivencia, pero sí entender que la ascendencia indígena, a diferencia de la africana, no necesariamente conllevaba demérito, porque las divisiones y discriminación se basaban en la pertenencia a un estamento más que en la posterior idea de raza. Enfrascados internamente en peleas sempiternas, los miembros privilegiados estaban unidos por un ideario aristocrático, que compartieron el indio Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, el mestizo Garcilaso de la Vega o el criollo Carlos de Sigüenza y Góngora. Todos ellos tuvieron honda conciencia de la superior moralidad y dignidad de las familias principales, su sentido del honor, su necesario papel en las repúblicas como firme sostén de los monarcas y la religión, y por lo tanto de los privilegios y libertades que les eran debidos, de todo lo cual nacía su paradójico odio al despotismo.

Entre dichos grupos se originó una transformación identitaria que se ha querido atribuir sin mucha razón a la totalidad de la población: se ha escrito que, tras un primer momento de fuerte interés, España se olvidó de sus Indias y las abandonó a sí mismas, por lo cual la humanidad heterogénea que se había reunido en ellas y que no podía volver a sus identificaciones anteriores, inventó en torno al barroco un estilo propio, mestizo, que imitaba y parodiaba al mismo tiempo la cultura europea. Me parece ver sin embargo que la mayoría de la población logró exitosamente conservar y reconstituir identidades religiosas y hasta lingüísticas y étnicas sobre la base de culturas locales, una vez que desaparecieron las grandes estructuras que los habían contenido, los “imperios” azteca e inca, para usar un vocabulario inexacto. En todo caso fueron las clases dominantes aludidas las que se debieron reinventar y reconocieron una identidad en torno al barroco, pero por lo que éste tuvo de estilo imperial, más que estilo del mestizaje.⁹

⁸ Federico Navarrete Linares, *Hacia otra historia de América: nuevas miradas sobre el cambio cultural y las relaciones interétnicas*, México, UNAM, 2015, pp. 53-63.

⁹ Ya Braudel había escrito que desde mediados del siglo XVII “parece, exagerando un poco, como si Europa abandonase América, dejándola a su destino nuevo, autónomo, medio europeo, medio indígena”, Fernand Braudel, “Expansión europea y capitalismo”

Tales rasgos nos revelan, en el origen de la conciencia criolla —que valoraron los liberales del XIX o los hispanistas del XX como embrión del nacionalismo y estudiaron después los historiadores— una variante de la ideología aristocrática propia del Estado protomoderno, en el sentido de Perry Anderson, centrada en la alianza entre las clases poderosas y la monarquía, tal como teorizaba Gaspard Réal de Curban (1682-1752), un autor que todavía era consultado por José María Luis Mora en México y por Juan Manuel de Rosas en el Río de la Plata. Formas sociales e ideológicas parecidas imperaban entonces a lo largo de todas las civilizaciones agroburocráticas del Viejo Mundo, desde Irlanda hasta Japón, desde Moscovia hasta el Sahel. Siguiendo una modalidad que era general en tan vasta área, las clases privilegiadas de las Indias ibéricas también ensalzaban sus orígenes locales, la tierra que era fuente de su poderío económico, las ciudades donde ejercían los cargos que también les otorgaban dinero y prestigio.

Una poliarquía más que una simple hegemonía de familias criollas. Junto a éstas, la integraban familias caciquiles o inmigrantes europeos, reunidos por intereses económicos, costumbres, parentesco y dignidades, que podían ser títulos de origen feudal o precolombino (los *incas* y *moctezumas* de una carta administrativa novohispana de 1800),¹⁰ por una memoria corporizada en alegatos jurídicos y hasta en extensas historias de la Conquista o de las antigüedades indias. La situación explica aparentes contradicciones muchas veces señaladas: el simultáneo ensalzamiento de las civilizaciones precolombinas y de la conquista, la reivindicación del indio muerto junto al desprecio del indio vivo, lo cual fue no sólo una maniobra del nacionalismo criollo, sino también de muchos

(1961), en *id.*, *Las ambiciones de la historia*, edición preparada y presentada por Roselyne de Ayala y Paule Braudel, prólogo de Maurice Aymard, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 293-335, p. 332; la idea fue reelaborada por Bolívar Echeverría —por ejemplo en “El barroquismo en América Latina”, en *Discurso crítico y modernidad: ensayos escogidos*, México, Desde Abajo, 2011 (Col. *Clásicos de la historia crítica*), pp. 265-279, así como en otros ensayos de ese volumen— en el sentido arriba resumido: que esta América abandonada a sí misma rehizo su identidad en torno al barroco. Éste había sido considerado base de la cultura popular latinoamericana también por otros autores como Severo Sarduy y Lezama Lima; ha discutido brevemente la cuestión, apoyado en ideas del cubano Leonardo Acosta Sánchez (1933-2016), Daniel Montañez Pico, “El barroco era cosa del imperio”, *Ojarasca*, suplemento de *La Jornada* (México), núm. 246 (13-x-2017), p. 14.

¹⁰ Que rescató Luis Fernando Granados, *En el espejo haitiano: los indios del Bajío y el colapso del orden colonial en América Latina*, México, Era, 2016, pp. 40-41.

notables indígenas y responde a los mismos mecanismos que el paralelo ensalzamiento de los heroicos conquistadores españoles junto al desprecio de los advenedizos gachupines.

Contradicciones que nosotros vemos y ellos no. Su mirada al pasado escamoteaba y abreviaba la conquista en su dimensión violenta y la sustituía por una ficción recurrente en relatos, poemas y pinturas: el abrazo cordial en que los jefes indios y los españoles confraternizan en torno a una fe y un territorio común, y ceden los primeros voluntariamente su autoridad al rey cristiano, sellando una alianza mediante matrimonios. Esta genealogía mítica buscaba justificar como modelo de gobierno una aristocracia de origen mezclado, nacida del connubio del conquistador con la palla (Garcilaso de la Vega) o con la india de la sangre de Cuauhtémoc (Servando Teresa de Mier). Para ellos, el relato del pasado se construía sobre una “epistemología patriótica”, caracterizada por el proteccionismo historiográfico, que reservaba a los americanos la adecuada descripción de la naturaleza y humanidad del Nuevo Mundo, la defensa de éstos, la valoración de las fuentes precolombinas y la oposición a que fueran trasladadas al extranjero.¹¹

Debido precisamente a este origen múltiple, los nombres que los grupos dominantes en Indias fueron ensayando para definir sus patrias buscaron trascender al grupo criollo: se habló al principio de la Antártida, del Occidente, al final se quiso imponer un neologismo construido sobre el nombre de Colón, la Colómbeia de Francisco de Miranda, que terminó reducida a la Colombia actual, como en Estados Unidos quedaron localmente reducidos nombres análogos, el del Distrito Columbia en primer lugar. Por sobre todos ellos se fue asentando cada vez más el nombre de América, muchas veces remachado como *Nuestra América*, *Nossa América*, que antes de José Martí exaltaron tantos autores.¹² Paradójicamente, parece haberse calcado sobre un original “nuestra Europa”.

¹¹ Junto al clásico Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica*, México, FCE, 1960, véase Jorge Cañizares Esguerra, *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo: historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVIII*, México, FCE, 2007.

¹² Sara Almarza, “La frase Nuestra América: historia y significado”, *Caravelle. Cahiers du Monde Hispanique et Luso-Brésilien* (Université de Toulouse-Le Mirail), núm. 43 (1984), pp. 5-22; muchos otros ejemplos pueden arrimarse a los que expone esta autora.

Se acompañó del gentilicio *americanos*, que también triunfó sobre otras opciones. La de *indianos*, que era usado por los españoles pero se confundía con el nombre *indios*, suscitó reparos.¹³ También se hablaba de *criollos* en un sentido que no siempre coincide con el uso posterior, de descendiente de europeos nacido en Indias: como tales, término y acepción más bien parecen haber tenido auge inmediatamente después de la conquista, tras la cual *criollo* adquirió connotaciones locales¹⁴ y hasta ofensivas en Lima y México.¹⁵ Resurgió como catalizador de una identidad en el siglo XIX, pero en el XVIII y en tiempos de la guerra de Independencia se prefirió el término *americano*.

El mismo había prendido rápidamente, a diferencia de España, donde fue adoptado tardíamente.¹⁶ En un uso análogo al que fue impuesto por Estados Unidos en época más cercana, el referente eran los regnicolas bajo las Coronas de España y Portugal. Con ello, la vieja clasificación del mundo en tres partes —Asia, África y Europa—, que remontaba a los griegos, fue la primera que derivó en una autodefinition generalizada a todo lo largo de América, y sólo lo haría más tarde, apenas en el siglo XX, para los europeos y los africanos, rara vez para los asiáticos.

¹³ La *Approbatio* (1745) del padre Julián Gutiérrez Dávila a las *Selectae dissertationes Mexicanae* de Juan José de Eguiara y Eguren puntualizaba: “los indianos, es decir los nacidos en las Indias, oriundos sin embargo no de indios sino de españoles, y por tanto, de hecho y no de nombre, verdaderamente españoles”, véase el texto latino y la traducción en Claudia Comes Peña, *Las respuestas americanas a Manuel Martí: textos y contextos de una polémica*, Alicante, Universidad de Alicante, 2015, tesis doctoral, pp. 65 y 78.

¹⁴ Rodolfo Guzmán, “La representación de la ciudad en Lucas Fernández de Piedrahita como expresión de identidad y transformación sociocultural en el criollo preilustrado de la Nueva Granada”, *Cuadernos de Literatura* (Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana), vol. 6, núm. 12 (julio del 2000-enero del 2001), pp. 42-70; cita a Richard L. Kagan y Fernando Marías Franco, eds., *Imágenes urbanas del mundo hispánico: 1493-1780*, Madrid, El Viso, 1998, p. 204.

¹⁵ Sobre el sentido ofensivo, Alberto Flores Galindo, *Buscando un Inca: identidad y utopía en los Andes*, La Habana, Casa de las Américas, 1986, p. 146; Comes Peña, *Las respuestas americanas a Manuel Martí* [n. 13], p. 279; Lucas Alamán, *Historia de Méjico desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente* (1850), México, Instituto Cultural Helénico/FCE, 1985, tomo 1, p. 7; he visto en literatura reciente que algunos autores renuncian a hablar de criollos en las décadas previas a la Independencia porque no encuentran mencionado el término en sus fuentes de archivo.

¹⁶ Álvarez de Miranda, “Para la historia de ‘americano’” [n. 5].

2. Diferenciando de Europa

EN los escritos de los primeros ilustrados americanos aparece a menudo la invocación a Europa como centro de las ciencias y el saber, a “los pueblos cultos de Europa”. También hallamos el después frecuente deseo de asimilación en el acoimplejado neogranadino Francisco José de Caldas: “Entiendo por europeos no sólo los que han nacido en esa parte de la tierra, sino también sus hijos [...] a éstos se conoce en América con el nombre de criollos”.¹⁷

Europeos eran, en un uso peculiar, los españoles (y portugueses): Humboldt nos dice que “en Méjico y en Perú se han hecho sinónimos los nombres de europeos y españoles y de ahí es que los habitantes de las provincias lejanas no conciben fácilmente que haya europeos que no hablan su lengua”. La misma sinonimia notaron, en la Argentina y el Chile apenas independientes, el inglés Alexander Caldcleugh y el sueco C.E. Bladh. Hacia esos años un curioso episodio en el Río de la Plata confirma esta acepción: el caudillo José Gervasio de Artigas había ordenado la expulsión de los europeos y un subordinado suyo, de canijo, incluyó en la orden a los ingleses. Esto que nos parece coherente era en realidad una maligna torcedura de la orden: en cuanto se enteró, Artigas le dirigió un fuerte regaño, diciéndole que sólo un burro como él podía ignorar que lo de europeo quería decir español y no inglés.¹⁸

En este caso podía ser sí ignorancia del cerril subordinado de Artigas, como la de quienes no concebían fácilmente que hubiera europeos ayunos de la lengua española: varios testimonios extranjeros, inclusive ya de época independiente, dan ejemplos humorísticos del desconocimiento geográfico imperante, y no sólo entre las clases bajas. Podía ser también, junto a la deficiente escolaridad, herencia de esa época barroca cuya satisfacción se expresaba en cierto desdén por el mundo externo, pero básicamente había en

¹⁷ Francisco José de Caldas, “Estado de la geografía del virreinato de Santafé de Bogotá” (1808), en *id.*, *Obras completas*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1966, pp. 183-211.

¹⁸ Alexander von Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* (París, 1822), ed. facs., México, Instituto Cultural Helénico/Miguel Angel Porrúa, 1985, libro 2, cap. 7, p. 225; Alexander Caldcleugh, *Viajes por América del Sur: Río de la Plata 1821*, traducción y prólogo de José Luis Busaniche, Buenos Aires, Solar, 1943, p. 49; C.E. Bladh, *La República de Chile 1821-1828*, Santiago, Instituto Chileno-Sueco de Cultura, s.a., p. 59; J.P. y W.P. Robertson, *Cartas de Sudamérica* (1843), Buenos Aires, Emecé, 2000, pp. 371ss.

quienes llamaban europeos a los españoles un americanismo léxico peculiar de ese tiempo y lugar y que hasta llegó a influir sobre el lenguaje de las Cortes de Cádiz.¹⁹

Está claro que semejante acepción no excluía la más normal,²⁰ y fue contra esa entidad mayor y homónima que se dirigió el programa de los jesuitas expulsados, contra “los críticos de Europa, acostumbrados a medir por un rasero a todas las naciones americanas”, “el orgulloso desprecio de ciertos críticos que imaginan reducir a los límites de Europa el imperio de la razón” como denunciaba Francisco Javier Clavijero.²¹ Coincidió con un mayor peso demográfico y económico de América y el concomitante descubrimiento ilustrado de la misma. Se citaba a Montesquieu y a Raynal, quienes habían dicho que España ya era un apéndice de sus colonias. El optimismo ha sido postulado como posible causante de la Independencia novohispana, y una variante del mismo se puede rastrear en el ufanismo brasileño y en la actitud hasta altanera de los habitantes de las nuevas fronteras abiertas al comercio mundial a fines de la Colonia: Cuba, Venezuela, el Río de

¹⁹ María Teresa García Godoy, *Las Cortes de Cádiz y América: el primer vocabulario liberal español y mejicano (1810-1814)*, Sevilla, Diputación de Sevilla, 1998, p. 175.

²⁰ Véanse los ejemplos del limeño Juan de Espinosa Medrano (1660): “pues los europeos sospechan seriamente que los estudios de los hombres del Nuevo Mundo son bárbaros; en particular afirmamos que este honor se lo debemos a Justo (no en todo sentido) Lipsio”; o un poco más adelante el novohispano Carlos de Sigüenza y Góngora cuando defendía (1690) la ciencia mexicana de los ataques del austriaco Eusebio Francisco Kino, tras de los cuales se escondían prejuicios: “piensan en algunas partes de la Europa, y con especialidad en las septentrionales, por más remotas, que no sólo los indios habitadores originarios de estos países, sino que los de padres españoles casualmente nacidos en ellas, o andamos en dos pies por divina dispensación o que, valiéndose de microscopios ingleses, apenas se descubre en nosotros lo racional”. O por fin, ya en época de la difusión de la acepción más peculiar, el cubano Félix de Arrate, quien señalaba, para consuelo de los americanos, que también los españoles eran despreciados por “otras naciones europeas”; véanse Juan de Espinosa Medrano, Prefacio a su *Lógica* (en torno a 1660), en *Apologetico*, selección, prólogo y cronología de Augusto Tamayo Vargas, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982, p. 325; Carlos de Sigüenza y Góngora, *Libra astronómica y filosófica* (1690), en *id.*, *Seis obras*, prólogo de Irving A. Leonard, edición, notas y cronología de William G. Bryant, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984, p. 313 (166); José Martín Félix de Arrate, *Llave del Nuevo Mundo* (1771), en Rafael Cowley y Andrés Pego, eds., *Los tres primeros historiadores de la Isla de Cuba*, La Habana, Imprenta y Librería de Andrés Pego, 1876, cap. 27, p. 311.

²¹ Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México* (1780-1781), prólogo de Mariano Cuevas, edición del original escrito en castellano por el autor, México, Porrúa, 1982, pp. 50, 201, 503ss; en general, Sebastián Pineda Buitrago, “La crítica de ‘Europa’ en Francisco Javier Clavijero: hacia la invención de ‘México’”, *Eikasía. Revista de Filosofía* (Oviedo), núm. 81 (2018), pp. 549-566.

la Plata, que se enriquecían, refinaban y poblaban aceleradamente en tempranos episodios de nuestros habituales *booms* pasajeros que ignoran ser tales.

Las reformas borbónicas y pombalinas habían intentado contrarrestar el proceso de diferenciación americana y fomentado una suerte de patriotismo imperial. Sin embargo la brecha se volvió a cavar entre 1776 y 1830, en tiempo de las Independencias.²² Actualmente se insiste en englobar a éstas dentro de un proceso más amplio de “revoluciones atlánticas”. Este concepto cuajó en los años de 1950 en la obra de dos autores (Robert Palmer y Jacques Godechot) que lo limitaron al Atlántico norte, y se ha relacionado su propuesta con la creación de la OTAN. Posteriormente se agregaron como integradas en el ciclo atlántico a las revoluciones en los imperios ibéricos y esta inclusión en muchos casos se presenta como corolario de una identidad civilizatoria atlántica, más o menos coextensiva con el llamado Occidente.

La idea ya apareció entre los coetáneos²³ y con ella hubo una recuperación del nombre de Europa, que había sido acaparado por España: ésta pasó a ser “una advenediza ingrata y criminal, que expelida de África no fue a exponerse a sus pies en los Pirineos sino por profanar su augusto asilo y comprometerla con el genio humano”.²⁴

Más difundida fue sin embargo la interpretación de las revoluciones de la América ibérica como manifestación de un despertar que podía o no relacionarse con los pueblos amerindios pero en todo caso se dirigía a constituir una entidad que iría a diferenciarse no sólo de España (y Portugal) sino también de esa Europa más extensa que las englobaba: una vez confederada, América desa-

²² Poco se ha señalado este divorcio Europa-América en lo cultural, que fue seguido por una reanudación de contactos a medida que avanzó el XIX; al desarrollar el tema en relación con Estados Unidos, Felipe Fernández-Armesto presenta el ejemplo de Noah Webster, primeramente ansioso de hallar los caracteres distintivos de una lengua americana propia, y sólo después resignado a homologar el inglés americano con el europeo, *Millennium: a history of the last thousand years*, Nueva York, Scribner, 1995, pp. 353 y 360.

²³ Junto a otros, véase Monteagudo; “la revolución de Francia, tan justa y laudable en su origen [...] produjo grandes males en verdad [...] pero [...] ha producido también el mayor bien para la humanidad, a saber, la revolución de América”, *Gaceta Ministerial de Chile* (Santiago), núm. 59, 26-ix-1818, en *Colección de antiguos periódicos chilenos*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1952, vol. 7, p. 192.

²⁴ *Correo del Orinoco* (Angostura), núm. 15 (21-xi-1818), p. 3.

rollaría “un sistema social totalmente nuevo, que se separaría del de la Europa por una línea de demarcación de la misma naturaleza que la que separa a la misma Europa de las regencias de Argel y de Marruecos”.²⁵

Las ambiciones de este sistema nuevo habían sido esbozadas unos años antes por un joven colaborador de Bolívar, Antonio Muñoz Tébar, quien aconsejaba una unión americana que aspiraba nada menos que a un nuevo ordenamiento mundial:

Las lecciones de la experiencia no deben perderse para nosotros; el espectáculo que nos ofrece la Europa, inundada en sangre por restablecer un equilibrio que siempre está perturbado, debe corregir nuestra política, para salvarla de aquellos sangrientos escollos; si nuestro Continente se dividiera en naciones, como en la Europa; si guiaran al Gobierno americano los principios que generalmente dirigen los Gabinetes de aquélla, nosotros tendríamos también oscilaciones del equilibrio continental, y derramaríamos la sangre que ella inmola al pie de este ídolo de su política [...] Después de ese equilibrio continental que busca la Europa donde menos parece que debía hallarse en el seno de la guerra y de las agitaciones, hay otro equilibrio, Excmo. señor, el que importa a nosotros: el equilibrio del Universo. La ambición de las naciones de Europa, lleva el yugo de la esclavitud a las demás partes del mundo; y todas estas partes del mundo debían tratar de establecer el equilibrio entre ellas y la Europa, para destruir la preponderancia de la última. Yo llamo a éste el equilibrio del Universo, y debe entrar en los cálculos de la política americana.²⁶

3. *La decadencia del Viejo Mundo*

JUNTO al frecuente elogio a veces se arribaba la compasión por “la tiranía y la opresión que gravitan sobre la desgraciada Europa”: “¿Y hasta cuándo ¡tú Europa valiente! / que esparciste la luz en el mundo / sufrirás en letargo profundo / que se pise, que se holle tu frente?”. Esta identificación de la opresión con Europa y de la libertad con América fue una constante en la propaganda independentista, que podemos hallar aún en los brindis patrióticos que tuvieron lugar en la neogranadina Rionegro en honor de José María

²⁵ *Gaceta del Gobierno del Perú*, ed. facsimilar, periodo de gobierno de Simón Bolívar (Lima y Trujillo), prólogo de Cristóbal L. Mendoza, Félix Denegri Luna, explicación preliminar de Pedro Grases, Caracas, Fundación Eugenio Mendoza, 1967, núm. 14, tomo 9, p. 3 (vol. 3, p. 286), es un artículo extraído del *Correo del Magdalena*, escrito en París.

²⁶ Informe del secretario Antonio Muñoz Tébar, *Gazeta de Caracas*, núm. 30, 6-I-1814, p. 118.

Córdoba, en 1829, de exaltación antimonárquica y antibolivariana: se consideró a “la Europa monárquica, poblada de esclavos salvajes, la América republicana, el país clásico de la libertad, marchando a la vanguardia de la civilización de todos los pueblos de la tierra”.²⁷

El destino de la sufriente parecía ser de opresión y guerra, del cual nos separaríamos, como predicaba el religioso argentino Julián de Agüero en 1817:

el nuevo mundo constituido en su situación independiente no tendrá jamás por qué tomar partido en las querellas y guerras del antiguo. Separados por mares inmensos, no habrá entre uno y otro aquella complicación de relaciones y de intereses que tiene en continua agitación a las provincias de la Europa. Éstas cultivarán por sistema nuestra amistad y mientras allá se devoran una a otras, la América en ventajosa neutralidad gozará de sus bienes, de una paz sólida y duradera e inalterable.²⁸

Algún eco posible de Thomas Jefferson, de la autocrítica de la Ilustración (que prendió también en Francisco de Miranda), ideas tradicionales sobre una decadencia de los países situados al oriente, que van siendo sustituidos en la carrera de la civilización por los del occidente. Junto a todo ello también asomaban viejas concepciones del aldeano vanidoso, de hombres acomodados de provincia “que miran con igual desdén las modas y las ideas de Europa”,²⁹ concepciones religiosas y milenaristas también, típicas de los comienzos de la evangelización y que resurgieron en los escritos del eclesiástico chileno Manuel Lacunza y en la prédica de Francisco Ramos Mejía ante los indios y gauchos del sur de la provincia de Buenos Aires (1814-1820), a los que anunciaba una nueva era de paz y la decadencia del antiguo mundo. Todo eso puede estar contenido en la frase del cura.

²⁷ Carta de José Germán Roscio, 1810, cit. en Véronique Hébrard, *Venezuela independiente: una nación a través del discurso (1808-1830)*, Madrid/Frankfurt am, Iberoamericana/Vervuert, 2012, p. 173; Canción patriótica, en Aurelio Miró Quesada Sosa, comp., *La poesía de la emancipación*, Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1971 (*Colección documental de la Independencia del Perú*, tomo 24), p. 485; Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas* (1865), Bogotá, Bedout, 1971, p. 312.

²⁸ *El clero argentino de 1810 a 1830*, tomo 1. *Oraciones patrióticas*, Buenos Aires, Museo Histórico Nacional, 1907, p. 193.

²⁹ Gabriel Ferry, *Escenas de la vida mexicana en 1825*, México, SEP, 1945 (*Biblioteca Enciclopédica Popular*, núm. 75), p. 50.

En ese contexto se ejercía la crítica de personajes como el argentino Bernardino Rivadavia, el cual, si bien es acusado por la historiografía revisionista de ciega admiración al extranjero, tenía entre cuatro lugares comunes habituales la referencia a “la imbecilidad de los europeos”; el chileno Bernardo O’Higgins se quejaba de su estancia en la “triste Europa”, el peruano Francisco Xavier de Luna Pizarro hablaba de “la envidiosa Europa”, el Brasil imperial de la “corrupta Europa”.³⁰ Otros la denostaban de varia forma. Los folletos republicanos en México contraponían su corrupción con la inocencia americana.³¹ El guayaquileño Vicente Rocafuerte mencionaba los vicios de “la apollada Europa” y esperaba que en el curso de los siglos desaparecieran reyes y cortes de “la triste y desgraciada Europa”.³² A la cual esperaba un destino trágico: “la Europa toda irá caminando precipitadamente al estado de barbarie en que estaban nuestros antepasados durante el feudalismo, y consiguientemente vendrían con él todos sus vicios y esa multitud de errores que no han podido desvanecerse sino a fuerza de sangre y de vencer dificultades”.³³ Hasta llegaba a ser asimilada a esas otras tradicionales imágenes negativas del Viejo Mundo, la despótica Asia y la bárbara África: “en América se respira un aire distinto al corrompido de la Europa y el Asia”; sin las “pasiones que han desolado el género humano en Asia, África y Europa”.³⁴

³⁰ Carta de Antonio José de Irisarri a Bernardo O’Higgins, 1820, en *Archivo de don Bernardo O’Higgins*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1946ss, tomo 4, p. 276; carta de O’Higgins a su padre desde Cádiz (29-vi-1800), en *ibid.*, tomo 1, p. 12; carta a Simón Bolívar, 1825, en Francisco Xavier de Luna Pizarro, *Escritos políticos*, recopilación, prólogo y notas de Alberto Tauro, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1959, p. 20; Kirsten Schultz, *Tropical Versailles: empire, monarchy, and the Portuguese royal court in Rio de Janeiro, 1808-1821*, Nueva York/Londres, Routledge, 2001, p. 75.

³¹ Alfredo Ávila, “Pensamiento republicano hasta 1823”, en José Antonio Aguilar Rivera, “Dos conceptos de república”, en José Antonio Aguilar y Rafael Rojas, coords., *El republicanismo en Hispanoamérica: ensayos de historia intelectual y política*, México, FCE/CIDE, 2002 (ed. electrónica 2014), pp. 169-191, p. 178.

³² Vicente Rocafuerte, *El sistema político colombiano, popular, electivo y representativo, es el que más conviene a la América independiente*, Nueva York, A. Paul, 1823, pp. 22 y 29.

³³ *Los Amigos de la Patria y de la Juventud* (Buenos Aires), reproducción facsimilar, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1961 (*Periódicos de la época de la Revolución de Mayo*, v), núm. 2, 15-xii-1815, p. 10.

³⁴ *La Estrella del Sur* (Montevideo), núm. 2, 13-ix-1820, p. 5, en *Biblioteca de Mayo: colección de obras y documentos para la historia argentina. Periodismo*, tomo 9, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1960; *Semanario de Caracas*, ed. facs., est. prel. de Pedro José Muñoz, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1959 (*Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia*, núm. 9), núm. 8, 23-xii-1810.

Entre quienes dedicaron más que alguna frase a esa voluntad de apartamiento de Europa merecen amplio espacio el mexicano Servando Teresa de Mier y el chileno Juan Egaña.

En la prosa del primero los españoles suelen ser llamados europeos, pero el nombre también lo extiende a los “europeos todos”, como en un pasaje juzga necesario aclarar. Se presentaba (exagerando, porque era dado a eso) como alguien “que ha corrido el mundo y presenciado las revoluciones europeas, que conoce casi todos sus reyes y ministros, ha observado los gabinetes y estudiado los intereses de la Europa”. Tales intereses no coincidían con los de América, y no trataba bien a esos mundos y esas cortes:

Prostituta vieja, podrida, intrigante y menesterosa, como Napoleón llamaba a la Europa [...] Dejemos a los pueblos de Europa averiados por sus hábitos y carcomidos con la misma broma de su vejez [...] Cuando uno deja nuestros climas abundantes, templados y deliciosos para ir a la Europa, siente la misma desventaja que sentiría Adán saliendo del paraíso a la tierra llena de abrojos y espinas, que debía regar con el sudor de su rostro para tener un pan. Naturalmente siente uno del otro lado del océano la idea de un pecado original.³⁵

Sin haber viajado todavía, y conservador y católico, el ilustrado chileno Juan Egaña daba muestra del mismo recelo: en la voz de dos indios pehuenches aconsejaba a los jóvenes “que no se deslumbren con la sola lectura de los libros políticos y legislativos de Europa; que su código principal debe ser la historia y la profunda meditación de la influencia física del país”. Y agregaban los falsos indios:

La Europa en la mayor parte es un edificio monstruoso, fabricado sin algún orden previsto, de materiales incoherentes, por manos de la violencia y sobre costumbres bárbaras y atroces. La experiencia de muchos siglos fue manifestando sus ruinas, y la repugnancia de su estructura con la razón y la felicidad pública; por lo que fue necesario agregarles puntales y parapetos que pudiesen sostenerlo por algún tiempo con sus mismos principios destructores. Estos elementos siempre la conducen a su ruina, y es probable que al fin venga a parar en una gran monarquía despótica, o en formar aduares, que separados por grandes distancias, se proporcionen una tranquilidad bárbara y solitaria.

³⁵ Servando Teresa de Mier, cap. 14 de su *Historia de la revolución de Nueva España* (1813) y *Memoria político-instructiva* (1821), en *id.*, *Ideario político*, prólogo, notas y cronología de Edmundo O’Gorman, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, pp. 146, 206, 219, 220.

Sus leyes pugnan con sus costumbres, la teórica de su moral con la práctica de su civilidad. Allí es como una especie de cultura la violación de los sentimientos naturales más fuertes y explicados por la naturaleza: así se reconoce en la barbaridad de los desafíos, en avergonzarse de la ternura y placer conyugal, en la marcialidad con que se tolera la corrupción de una casada, y aun la violación de una doncella, en la falta de adhesión y respeto a la religión y al culto, y en esa humillación que sufren la razón y la naturaleza, ostentando tanta filosofía en los libros y tanta corrupción de costumbres en la práctica.

Si después de esto queremos aprovechar, como es justo, las instituciones de otros pueblos (sin despreciar lo adaptable que se halle en Europa) debemos buscar modelos en las naciones que teniendo analogía con nuestro físico hayan mantenido por muchos siglos la felicidad y vigor que recibieron de sus primeras instituciones. Tal es el floreciente y antiquísimo imperio de la China, y sobre todo el dulce, pródigo y paternal imperio de los Incas. No quiero que seamos indios ni chinos, pero sí que adoptemos ciertas bases modificadas de su régimen político y moral.³⁶

Significativa es también la posición de Simón Bolívar, que tenía tras de sí un caudal de lecturas, viajes y experiencias superior a la mayoría, y un poder también superior de síntesis. Salvador de Madariaga hablaba de una admiración suya por Europa “que rayaba en un sentido de inferioridad para con todo lo americano”.³⁷ No veo este desprecio al que alude Madariaga —que probablemente proyectaba sobre un Bolívar al que no quería sus sentimientos de español ansioso por parecer europeo—, y en cuanto a la admiración, habría que matizar.

Fácil es en efecto encontrar en la vasta correspondencia de Bolívar ejemplos como el de la carta enviada al general inglés Robert Wilson, en que alude a “Europa, metrópoli del mundo”.³⁸ Una metrópoli que sin embargo es en sus menciones una entidad ajena. Al abandonarla había escrito a una amiga a fines de 1806: “Je vais chercher un autre mode d’existence; je suis excédé de l’Europe et de ses vieilles sociétés, je retourne en Amérique [...]”

³⁶ [José María Egaña], *Cartas pehuenches*, o correspondencia de dos indios naturales del Pire-Mapu, o sea la cuarta tethrarquia en los Andes, el uno residente en Santiago y el otro en las cordilleras pehuenches, en *La Miscelánea Chilena* (Santiago), núm. 11 (abril de 1821), pp. 101ss.

³⁷ Salvador de Madariaga, *Bolívar*, México, Hermes, 1951, tomo 2, p. 413.

³⁸ Simón Bolívar a Robert Wilson, 16-iv-1828; para las menciones de Europa por Bolívar es útil el rastreo que hace posible la página electrónica <<http://www.archivodelibertador.gob.ve/escritos/inicio.php>>.

Je vais revoir d'autres hommes, une autre nature".³⁹ En las vertiginosas décadas siguientes aumentó enormemente su conocimiento directo de América, que sustituyó las iniciales ideas librescas que derivaban de Raynal o Marmontel. Llegó a compartir la entusiasta idea de un cambio en las relaciones mutuas⁴⁰ y en el laberinto al final de su carrera ya pensaba que América era cosa distinta, como expresaba oblicuamente en sus confidencias de Bucaramanga al francés Peru de Lacroix. Nos ha hecho ver Alberto Filippi que Europa representaba sí el origen y el centro de sus ideas, pero no siempre el modelo, y que un significativo apartamiento de sus fuentes fue en relación con la cuestión colonial, terreno ignoto para la Ilustración europea.⁴¹

4. *Un cambio de visión*

HASTA acá citas y anécdotas nos sirven para entender que en esos años en torno a la Independencia no era general la identificación con Europa, como tampoco la búsqueda de aislamiento propia de Estados Unidos, sino que primaba un ideal ecuménico de *civilización*, entidad abstracta que un día hermanaría a todos los pueblos y de la cual se creía que empezábamos a formar parte. Es lo que expresaban los discursos, los artículos de prensa, los himnos nacionales que mencionaban a menudo cómo el conjunto de las naciones estaba al tanto de los sucesos en nuestros territorios, nos aplaudía, admiraba y acogía.

Esta civilización no sólo residía en Europa: algunos como Egaña señalaban a China, país próspero y ordenado, como el ideal al que debía tenderse (lo cual derivaba de una idealización nacida en Francia); en su obra histórica Francisco Javier Clavijero hablaba de

³⁹ "Voy a buscar otra forma de existencia; estoy abrumado con Europa y sus viejas sociedades, vuelvo a América [...] voy a volver a ver a otros hombres, otra naturaleza", a lo que agrega una expresión de añoranza por los lugares de su niñez, aunque temía que probablemente lo cansarían pronto, carta de Simón Bolívar a Teresa Laisney de Tristán, fines de 1806 (¿), *ibid.*

⁴⁰ "Estamos tentados a creer que [Bolívar] alguna vez llegó a persuadirse que la Europa y la América serían un día, y no muy distante, gobernadas por el código dictado sobre los Andes bajo los laureles de la victoria", Francisco de Paula Santander, *Escritos autobiográficos 1820-1840*, Bogotá, Presidencia de la República, 1988 (Col. *Documentos*, núm. 1), p. 57.

⁴¹ Alberto Filippi, "En torno a la visión bolivariana de Europa", *Revista de Occidente* (Fundación José Ortega y Gasset), núm. 30-31 (1983), pp. 114-132.

la civilización (*civiltà*) de Texcoco o de los toltecas y señalaba que los chichimecas aunaban a cierto grado de *civiltà* también rasgos de barbarie. A veces el nombre declinaba en plural: por ejemplo, en una propuesta de reforma académica que constataba cómo los males de una legislación anticuada no sólo los sufre España sino que “es común a todas las civilizaciones de Europa”.⁴² Es decir que el sentido originario de unicidad civilizacional mutaba ya hacia el más pluralista que se difundió en el siglo XIX.

Variable en su sede, esa civilización, según un motivo muy difundido por cierta filosofía de la historia, había emigrado a lo largo de los siglos: había estado en el Oriente y después pasado a Grecia, de ésta a Roma y de ésta a la Europa del norte; siguiendo dicho camino, varias señales marcaban que se trasladaría a América en un futuro ya visible. La pérdida de América afectaría a “la Europa entera, cuya antigua primacía y su preponderancia sobre las demás partes del globo se desvanecerían bien pronto, desde luego que la Independencia lograra afirmar su pabellón soberano en regiones tan privilegiadas por sus ventajas naturales”.⁴³

Había detrás de afirmaciones y teorías una voluntad de apartamiento de Europa que también se había hecho notar en las Trece Colonias. Fueron una manifestación más de una variante de la Ilustración, que podía haber cimentado un pensamiento autónomo ya desde aquel inicio, y tal vez América habría difundido por el mundo, siglo y medio antes que nuestras filosofías de la liberación, teorías de la dependencia y pensamientos alternativos, un mensaje más generoso que el esquema eurocéntrico originado en el Atlántico norte que llegó a dominar la mentalidad de las élites de todos los continentes desde mediados del siglo XIX.

La mayoría, no obstante, contrariando la letra de muchas declaraciones, identificaba la civilización casi únicamente con Europa,

⁴² Francisco Saverio Clavigero, *Storia antica del Messico*, cavata da' migliori storici spagnuoli etc., Cesena, Gregorio Biasini, 1780, tomo 1, pp. 45, 147, 152; reflexiones de don Joseph Rezabal y Ugarte sobre diversos puntos del Plan de Estudios del Colegio de San Carlos de Lima (1788), en Héctor Huerto Vizcarra, ed., *Vida y obra de Toribio Rodríguez de Mendoza*, prólogo de la primera edición del hno. Óscar Noé Zevallos Ortega, prólogo de la segunda edición Jorge Moreno Matos, Lima, Fundación M. J. Bustamante de la Fuente/Congreso de la República/ACUEDI, 2019 (*Nueva Colección Documental de la Independencia del Perú*, vol. 1), pp. 41-66, p. 60.

⁴³ *Gaceta Oficial de Madrid* (7-x-1817), citada por Fray Servando Teresa de Mier, “Memoria político instructiva” (1821), en *id.*, *Ideario político*, prólogo, notas y cronología de Edmundo O’Gorman, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 195.

o más bien con algunos países de Europa occidental. Eran los interlocutores, generalmente sobreentendidos, porque la información y las categorías de las clases letradas habían sido forjadas en esa entidad misma que muchos rechazaban. De tal modo los defensores de América y sus civilizaciones, como Francisco Javier Clavijero, aspiraban a igualarlas a los modelos del Viejo Mundo. Las actas sobre la Inconfidência Mineira de 1789 denunciaban que los rebeldes creían que “esta América será capaz de convertirse en una Europa”.⁴⁴ Era una contradicción entre las aspiraciones y el mundo de categorías recibido, que recogía el viajero francés Gaspard Mollien al decirnos que los neogranadinos ponían a Europa muy por encima de América, pero se los halagaba si se les decía que en Europa no se hacía nada mejor que en América.⁴⁵

Esta veta se fue imponiendo en la generación que siguió a la Independencia. Las fantasías americanistas, análogas a muchas que esos tiempos increíbles prohicieron, los ufanismos y optimismos fueron arrolladas por cambios que en mucho nos excedían. La tierra prometida dejó de ser América y empezó a ser Europa.⁴⁶ La causa fueron nuestros fracasos y desilusiones pero sobre todo el reordenamiento que esas décadas iniciales del siglo XIX estaban realizando en el sistema mundial, el cual trasladaba su gozne económico, político, militar y también cultural a los países del Atlántico norte. La primacía europea que la historiografía eurocentrista ha supuesto desde los comienzos de la historia, o por lo menos desde Colón, se fue haciendo una realidad. Con tales procesos se relacionan de alguna forma también nuestras independencias y para las décadas siguientes he hablado en otro sitio de la “europeización de América”: mutaciones demográficas, sociales y políticas que transformaron la sociedad americana colonial en aquella otra en la que todavía nos movemos.⁴⁷

⁴⁴ Júnia Ferreira Furtado, “Seditious books and libertinism in the Captaincy of Minas Gerais (18th century Brazil): the library of naturalist José Vieira Couto”, *Revista Complutense de Historia de América* (Madrid), vol. 40 (2014), pp. 113-136, p. 115, n. 11.

⁴⁵ Gaspard Mollien, *Viaje por la República de Colombia en 1823*, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1944, 2^a parte, cap. 9, p. 366.

⁴⁶ Es lo que nota, para la poesía rioplatense posterior a 1820, Jaime Peire, “La idea de América en los poetas rioplatenses de la Independencia”, en Marta C. Betancur, Jacinto Choza y Gustavo Muñoz, eds., *La idea de América en los pensadores occidentales*, Sevilla/Madrid, Thémata/Plaza y Valdés, 2009, pp. 79-112, p. 108.

⁴⁷ Taboada, “La europeización de América” [n. 7].

El proceso sustituyó la poliarquía colonial por la concentración del poder entre los sectores que se autodefinieron como criollos, agrupados en redes familiares y convertidos en aliados de dicho sistema, que los recompensó con el poder político, la preeminencia social y el prestigio cultural. Todavía se siguieron repitiendo los denuestos contra Europa, la teoría del trayecto del sol hacia occidente, la retórica exaltación americanista, pero contra la idea de alejamiento prevaleció la opinión de Alexander von Humboldt: “la independencia de las colonias no contribuirá a aislarlas, más bien contribuirá a acercarlas mucho más a los pueblos de civilización antigua”.⁴⁸ Se refería, claro está, a Europa, en cuya esfera el proyecto de escritura de Humboldt buscaba incorporar a los países americanos.⁴⁹

Fue un tema que recogió Alexis de Tocqueville (1835-1840)⁵⁰ y que incidió por fin en la prédica de un grupo de exiliados argentinos en Chile, entre los cuales destacan Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi y Vicente Fidel López, sintetizada en la frase del segundo: “los que nos llamamos americanos somos en realidad europeos nacidos en América”.⁵¹ Los dirigentes de 1810 no habrían suscrito semejante frase, y mucho menos el pueblo que los seguía.

Quienes así cambiaban su lugar en el mundo también cambiaban profundamente la percepción que de él tenían: la de América, la de Europa, la de sus relaciones mutuas y la de la jerarquía de las naciones; abandonaron la exaltación de una y la aversión a otra. Más aún, tergiversaron las ideas de la generación anterior, aquella que había vivido satisfecha con una Ilustración propia: tal como

⁴⁸ Alejandro de Humboldt, *Viaje a las regiones equinoxiales del nuevo continente*, Caracas, Monte Ávila, 1985, tomo 5, pp. 81 y 85.

⁴⁹ Es lo que, sobre una intuición de Antonello Gerbi, desarrolla Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales: literatura de viajes y transculturación*, México, FCE, 2010, pp. 262ss.

⁵⁰ “La América del Sur es cristiana como nosotros; tiene nuestras leyes y nuestros usos; encierra todos los gérmenes de la civilización que se desarrollaron en el seno de las naciones europeas y de sus descendientes; América del Sur tiene, además, nuestro propio ejemplo, ¿por qué habría de permanecer siempre atrasada? No se trata evidentemente sino de una cuestión de tiempo: una época más o menos lejana vendrá sin duda en que los americanos del sur formarán naciones florecientes e ilustradas”, Alexis de Tocqueville, *La democracia en América*, prefacio, notas y bibliografía de J. P. Mayer, introducción de Enrique González Pedrero, México, FCE, 1957, p. 376.

⁵¹ Sobre el tema, véase Hernán G.H. Taboada, “Civilización y barbarie en el pensamiento del exilio argentino (1837-1845)”, en Adalberto Santana y Ricardo Domínguez Guadarrama, coords., *Exilio y migración forzada: tendencias latinoamericanas*, México, CIALC-UNAM, 2021, pp. 37-45.

ha mostrado Arturo Andrés Roig, el pensamiento liberal posterior a la Independencia insistió en que ésta había sido subproducto de las ideas francesas, negando así el protagonismo de las sociedades americanas, consideradas como profundamente degradadas por el dominio hispánico colonial, cuyo legado trataban de erradicar.⁵²

Nuestra bipolaridad colectiva, la alteración brusca de optimismo y pesimismo, cuyas fiebres periódicamente nos contagian, tuvo un cuadro agudo en el curso de esas décadas. Lo ha simbolizado el peruano Luis Loayza por medio de dos personajes que encuentra en la narrativa francesa de dos distintas épocas: el primero aparece en *Rojo y negro* de Stendhal, novela compuesta hacia 1830, el escenario del segundo es *En busca del tiempo perdido*, escrita por Marcel Proust a fines del XIX. Probablemente se trate de dos latinoamericanos genéricos, confundidos bajo el nombre de peruanos por narradores franceses menos conocedores de la geografía que del alma humana y la fauna parisina. El más antiguo es un general que personifica la rebeldía y la seguridad, lo rodea cierto prestigio, probablemente esté exiliado y expectante de la primera oportunidad para regresar a su tierra y a la lucha; el más reciente, acomplejado heredero, es figura patética, receloso, envidioso y mezquino, inseguro de sí y de su país, al cual probablemente no piensa volver.⁵³

Desde el mismo rincón de este segundo peruano nacieron multitud de anotaciones en la narrativa o la ensayística de los siglos XIX y XX sobre nuestra inmadurez, alienación, orfandad y exilio de Europa, nuestra calidad de hermanos menores, o aquellas que en un afán de elevarnos llegaron a remachar nuestro parentesco con la Hélade luminosa, la latinidad y Europa, más tarde con una cosa que llamaron Occidente, a implorar a esos parientes que contarán con nosotros. Ninguna sorpresa entonces que en las taxonomías de la civilización no figuráramos nunca. Hasta otro cambio de siglo, el que inició Samuel Huntington en 1996 y por el cual, una vez más a remolque, algunos empezaran a ponderar la posibilidad de una emergencia civilizatoria latinoamericana.

⁵² Arturo Andrés Roig, "La Ilustración y la 'Primera Independencia'", *Cuadernos Americanos*, vol. 248, núm. 3 (mayo-junio de 1983), pp. 71-81.

⁵³ Luis Loayza, "Vagamente dos peruanos" (1962), en *id.*, *El sol de Lima*, México, FCE, 1993, pp. 53-58.

RESUMEN

Bastante explorada ha sido la terminología en torno de *América* y *americanos* en las décadas cercanas a la Independencia, en relación con la conciencia criolla, la “disputa del Nuevo Mundo” (Antonello Gerbi) y la “epistemología patriótica” (Jorge Cañizares Esguerra). Poco en cambio se ha dicho de la paralela evaluación del concepto de *Europa*. De hacerlo, se podrán observar juicios negativos, que estuvieron en el centro de una interpretación global del mundo y de la historia. Se destacan algunos testimonios de la época al respecto (Servando Teresa de Mier, Juan Egaña, Simón Bolívar) y se los relaciona con corrientes generales del pensamiento ilustrado y del liberal.

Palabras clave: Ilustración americana, eurocentrismo, sistema mundial, identidad latinoamericana, enfoque civilizacional.

ABSTRACT

The terminology associated to *America* and the *Americans* during the years surrounding Independence struggles has been quite explored, particularly in relation to *criollo* awareness, the “Dispute of the New World” (Antonello Gerbi) and “Patriotic Epistemology” (Jorge Cañizares Esguerra). On the other side, very little has been said of a parallel evaluation of *Europe* as a concept. If this was to be done, negative judgements would be apparent at the core of a global interpretation of the world and of history. Some testimonies made then are emphasized (Servando Teresa de Mier, Juan Egaña, Simón Bolívar) and linked to the general intellectual currents of Enlightenment and liberal thought.

Key words: American Enlightenment, Eurocentrism, world-system, Latin American identity, civilizational approach.